



**XXIV ASAMBLEA GENERAL CONFER  
HOMILIA DE S.E.R. MONS. RENZO FRATINI  
NUNCIO APOSTOLICO EN LA APERTURA DE  
LA XXIV ASAMBLEA GENERAL DE  
LA CONFERENCIA ESPAÑOLA DE RELIGIOSOS (CONFER)**

Madrid, 13 de noviembre de 2017

*Sabiduría 1,1-7*

*Salmo 139 1-3.4-6.7-8.9-10*

*S. Lucas 17,1-6*

Excelencia,  
Hna. María Rosario Ríos,  
Presidenta de CONFER,  
Superiores Mayores,  
Queridos hermanos y hermanas,

Al iniciar la nueva Asamblea pedimos al Espíritu Santo su luz y le confiamos los trabajos propuestos, a fin de que, queriendo responder a su llamada fielmente, vuestros Institutos valoren iniciativas oportunas y adecuadas en su cometido evangelizador. En particular le pedimos la sabiduría necesaria para seguir ofreciendo a las nuevas generaciones vuestro ideal de consagración y misión. A esto dedicaréis en concreto vuestra reunión haciéndoos eco de la convocatoria del Papa Francisco para el próximo Sínodo de los Obispos sobre el tema “*Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*” que, Dios mediante, tendrá lugar en octubre del próximo año 2018.

Acabamos de escuchar la palabra de Dios que hoy resuena en toda la Iglesia. Al meditarla, sorprende su coincidencia y oportunidad frente al propósito que os reúne. Hoy, en la primera lectura y en el Evangelio se nos presenta la Sabiduría de Dios que llena el universo, que ama a los hombres y que gusta de ser propiedad del corazón humilde. Os invito a profundizar sencillamente en ello.

Si miramos bien, los textos sagrados enseñan que, en todo lo creado, existe un orden objetivo, el cual, si bien no se impone de manera inexorable a la voluntad humana, es insensatez no reconocerlo desde su origen y el fin que Dios le ha dado. La conducta humana pues se halla determinada, no tanto por la existencia que Dios ha



dado a sus criaturas *“siendo, como lo son, saludables”*, sino por la actitud de la persona frente a su ser. La voluntad puede dirigirse bien a la justicia, que practica la verdad con coherencia, o bien a la impiedad de los que no admiten a Dios, tienen de Él una idea errada, y por eso no le obedecen ni respetan, apoyándose en la mentira que propalan confundiendo el bien y el mal. En esa constante confrontación hay un permanente conflicto vital en el corazón de todo hombre que, para llevar a cabo una conducta coherente, necesita resolver una cuestión, o si queremos, un problema íntimo, en respuesta a la pregunta de cuál es mi puesto. Ante esta consideración, el salmista responde con la sensatez, con un acto de confianza en Dios que hizo y conoce todo: *“Señor, guíame por el camino recto”*. En ese camino nos ofrece la guía de la Sabiduría.

Primeramente.- La Sabiduría de Dios llena el universo. En el corazón del joven - todos lo hemos sido y por tanto podemos recordar nuestra experiencia - hay siempre una lucha. Además de la necesidad de un referente claro, el joven experimenta el tirón de la tentación, pero al mismo tiempo el anhelo optimista de lo justo, de lo noble y del atractivo del bien. A veces sucumbe, pero también anhela y se conmueve por la generosidad. La sabiduría divina no se deja de proponer al corazón para proceder ordenadamente en la vida, pues, para ser sabio, es necesario evitar todo pecado.

El orden de la creación tiene que ver con el poner en orden el propio corazón, pues todo orden propende a un fin. Y el fin, no está fuera de la Sabiduría misma. Pero esta Sabiduría no es, ni tiene que ver, con el conocimiento, esto es, con el orden (desorden) que el hombre quiso imponer para *“ser como Dios”* (Gen 3,5) - después de que el Señor mismo había puesto bajo su dominio todo lo creado - sino la Sabiduría misma que, morando en el corazón del hombre, le devuelve a la justicia y a la rectitud moral en fidelidad a la voluntad divina, correspondiendo a la Alianza. Nada tienen que ver la Sabiduría de Dios, que llena el universo, con ese conocimiento que solo atiende y pretende lo que se puede ver y tocar inmediatamente, porque Dios pide una relación personal en confianza. Nuestro principio no es material, es espiritual, luego nuestra conducta, libre en su elección, es un asunto espiritual, Dios es nuestro fin. Y Dios *“ama a los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían en Él”*. Esta confianza es esencial en nuestra vida: *“confía en el Señor y haz el bien... sea el Señor tu delicia y Él te dará lo que pide tu corazón”* (Sal 36, 3-4).

Segundo.- La Sabiduría ama a los hombres.

Salir de nosotros mismos y vivir con toda coherencia implica resolver poco a poco ese problema íntimo en respuesta a la pregunta de cuál es mi puesto. El que ilumina mi mente y enardece el corazón es una Sabiduría es personal. Es Jesucristo,



Verbo del Padre encarnado. *“El Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros”* (Jn 1,14). El conoce lo más escondido de nuestros pensamientos (Jn 2,24) y nos da el Espíritu Santo *“Señor y dador de Vida”*. El invita a su seguimiento enseñando exactamente a los que le acogen, cuál es la conducta recta. A estos, progresivamente, *“les va haciendo hijos de Dios”* (Jn 1, 14), hijos que con la prudencia que enseña el mismo Divino Maestro, se abren a la providencia convencidos de que Dios es el bien supremo y que todo lo que hace o permite, es para el bien de los que le aman (Rom 8, 28).

Tercero.- la Sabiduría de Dios la posee el humilde.

El texto del Evangelio de hoy nos trae enseñanzas del Señor sobre el escándalo, el arrepentimiento y la fe como actitud que corresponde a los hijos y discípulos de la Sabiduría. Esta gusta habitar en el corazón inocente. Asimismo nos hace recordar la advertencia de San Pablo: *“Cuanto se dejan llevar por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios”* (Rom 8, 14). Expone el Apóstol que *“el hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una necedad; no es capaz de percibirlo, porque sólo se puede juzgar con el criterio del Espíritu”* y afirma *“Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo”* (1Cor 2, 14). Encarece además el apóstol el cuidado de la conducta inspirada en la manera de pensar y de sentir de Cristo con el ánimo de no *“afligir al Espíritu Santo”* (Ef 4, 30). Una actitud engreída inclina la voluntad a la discrepancia entre nuestra responsabilidad y la conducta que llevamos a cabo. Sin la humildad nos falta sensibilidad para cuidar el escándalo que se suscita por no obrar con rectitud buscando la edificación de los demás; sin la humildad no es posible la grandeza de corazón, la magnanimidad, para ofrecer el perdón al arrepentido; sin humildad, no es posible tampoco desechar el rencor y el encono. Solo el corazón humilde capta la belleza del seguimiento de Cristo y, con espíritu de gratuidad, considera, como el deber más noble, cumplir solamente el plan de Dios *“buscándolo con sencillez de corazón”* permanentemente.

Miremos a María. La Madre y Trono de la Sabiduría. Ella creyó firmemente que nada es imposible al Omnipotente (Lc 1, 37). Le pedimos a Ella vivir unidos a su Corazón, humilde y siempre sumiso a Dios, para que no caigamos en la tentación de proponernos a nosotros mismos, de vencer toda rebeldía interior y de permitir a su Hijo, que haga en nosotros obras grandes que contribuyan a devolverle el mundo a El que es su único Señor, *“por quien y para quien fueron creadas todas las cosas”* (Col 1, 16). Que así sea.